

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 729 Martes 14 de Marzo de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Sobre la igualdad**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Todos podemos ser censores**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Guirigay y amnesia**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **La barbarie sale ley. Y tiene un patrón que la ceba**, *Isidro García Getino*
- ✚ **Feministas: víctimas o culpables**, *Alicia Beatriz Montes Ferrer*
- ✚ **Carta del papa Juan Pablo II a las mujeres**

Sobre la igualdad

Emilio Álvarez Frías

Las cosas, como son. He estado días sin pasarme por los mentideros de la Villa. No por abandono, sino porque a veces uno, sin darse cuenta, se encuentra «llorando sus dolores» o «arreglando su estructura», pues a todos nos pasan cosas parecidas a las que le surgen a Pedro Sánchez. Si él un día descubre su amor por España y tiene la necesidad de proclamarlo a los cuatro vientos, uno, un día paralelo topa sin darse cuenta con sus dolores del alma o con los achaques del cuerpo ya que, a medida que pasan los días, se van deteriorando como también le sucede a Pedro con la España que tiene ánimo de gobernar pero sin dar en la forma de hacerlo correctamente, por lo que anda dando brincos como un saltamontes. Como lee poco, Pedro no tiene en consideración lo que dicen aquellos de los que él se sirve para sus encuentros con la media docena de españoles de aquí o de allá con los que se junta de vez en cuando para que le hagan la toma para la tele o la foto para la prensa. Y yo creo que para que endulce sus momentos de tristeza y preocupación, ya sea



con sus mesnadas, ya viajando en Falcon, ya visitando países que posiblemente sus mamporreros le tendrán que señalar en el mapa para saber dónde se encuentran, no vendría mal tuviera momentos de sosiego y dedicara un tantico a la lectura en la que podrá encontrar consejos como este de Federico García Lorca: «Desechad tristezas y melancolías. La vida es amable tiene pocos días y tan solo ahora la hemos de gozar». Y de esa forma amainar sus dolores y atinar en cómo arreglar las estructuras que le rodean.

Estos días de abstinencia me ha faltado «el trabajo que aleja tres grandes males: el hastío, el vicio y la necesidad», que diría Voltaire. Pero sí han saltado en la proximidad de Pedro Sánchez, tomando las originales decisiones que adopta para salir del paso sin apenas mojarse, como el caso de la aprobación de del «sí es sí» en su última versión, pues se «dio el queo» –que diría un castizo– y no estuvo en el Parlamento a votar tal cual hicieron también sus ministros y ministras; o vio cómo se liaba la cosa de poner en marcha la ley trans; o en un principio se escurrió con el caso Tito Berni dejando que sus voceras primigenias se batieran el cobre tratando de echar la porquería en casa del enemigo; o escondiendo la geta en llamar ladrones a los grandes empresarios nacionales sin entrar en las razones por las que ha emprendido el vuelo Ferrovial...

Mas con lo que topé cuando entré en el mentidero de Huertas, en pleno Barrio de las Letras madrileño, fue con la discusión sobre la igualdad de hombres y



mujeres –o viceversa– que Pedro intenta imponer en lugares de importancia donde se reúnen personas a decidir qué es lo que hay que hacer para que la cosa funcione. Es decir, en el Gobierno del país, en los Consejos de Administración, etc. El lío era fundamental, monumentales las salidas de pata de banco respecto a las decisiones que piensan tomar los legisla-

dores, las definiciones concedidas a los promotores sin que faltaran las palabras mal sonantes, y las sugerencias que, en serio o en coña, hacían los intervinientes del mentidero a los imaginadores de tal imbecilidad.

Y en cierta medida, teniendo en consideración las ideas de los legisladores a los que pagamos generosamente, esa igualdad se puede alargar de forma inagotable a todas las profesiones y formas de vida del país conocido como España, que cada vez se va pareciendo menos al país de la madre que lo parió, más bien desconocida a estas alturas.

Porque de los ministerios existentes en estos momentos, y de las jaurías que los regentan y manipulan, puede salir cualquier cosa, fundamentalmente de Derechos Sociales (Ione Belarra) e Igualdad (Irene Montero), a las que podrían echar una mano otras menos participativas, salvo cuando las lanza el

presidente. Se comentaba en el mentidero que no sería extraño que Ione lanzara la arenga de que en Sanidad había que igualar los médicos y las «médicas» sin haberse molestado en informarse previamente de que en ese entramado domina el sexo femenino; o a Irene se le ocurriera –que es posible– que el nacimiento de nuevos entes fuera paritario y hubiera que conectar todos los parideros de España para ir compaginando chico-chica-chico-chica, con el fin de que, si salían dos del mismo sexo, uno iba al cubo de la basura o de la morgue; o en las Facultades del país, de cualquier tipo de estudios, olvidando lo que a cada interesado le apetece, se admitiera la matricularan alternativamente chica-chico, con el peligro de que, a lo largo de los estudios, se



descompusiera el crucigrama y surgiera el problema de que a la licenciatura llegaran desparejados; y así hasta el infinito de las actividades, profesiones, trabajos, aficiones, etc. que existen en la vida pública, e incluso en la familia, a la que no hemos tocado.

Esta idea es una imbecilidad impresionante, aunque al parecer pueda venir de la UE o de otro órgano internacional. Como la defensa que se viene haciendo de las chicas por las mostrencas que no cultivan la mente y más parece que andan pastoreando una manada de reses en lugar de tratando con personas dotadas de inteligencia, facultad de la que ellas han de andar escasas.

Pues sí. Los mentideros de la Villa de Madrid están a tope comentando las genialidades del Gobierno de España, que no se cansa de idear estupideces con el fin de hacerse con el mercado de los votos que han de producirse próximamente. Olvidando que hay quien no tiene en consideración la máxima de Pedro Antonio de Alarcón, que dice: «Más que cien predicadores importa un murmurador».

Todos podemos ser censores

Manuel Parra Celaya

Este puede ser el sueño secreto de todos los teóricos amantes de la libertad que sostienen, como decía aquel sacristán literario, que «la libertad de pensamiento proclamo en alta voz y muera el que no piense como pienso yo». Reconocemos que la moda de ser censores offside viene de los EE.UU., concretamente con su origen en las Universidades de la Costa Este, donde recalieron, en el siglo pasado, los profesores de la *Escuela de Frankfurt* devenidos en poderosos *influencers*.

Ahoa, allí –y también en Europa, por ósmosis globalizadora– impera una hipersensibilidad a ultranza, que hace que profesores y alumnos se autocensuren en ideas y palabras, en clase y fuera de ella, por si se puede detectar algún tipo de malicia, intencionada o no, hacia minorías o individuos concretos.

Leí hace poco un interesante artículo sobre estas supuestas *microagresiones* (Lukianoff y Haidt. Nueva Revista UNIR 2018), que explica la manía censora sobre explicaciones de aula o contenidos de autores clásicos y acusa a este *nuevo proteccionismo* de crear una atmósfera de «*protección vengadora*», de enseñar a leer y a pensar de forma patológica y de interferir en la capacidad de razonamiento crítico del ser humano; una consecuencia inmediata es «*debilitar la mente de los estudiantes*».

La plaga de lo *políticamente correcto* llegó, como he dicho, a Europa y, por supuesto, dentro de ella, a España. Otro caso concreto es el de Gran Bretaña (que ya no sé si es o no europea), y me entero por la prensa que han aparecido



una suerte de censores particulares llamados «*lectores de sensibilidad*», dedicados a expurgar y modificar a los clásicos para no *ofender* a sus posibles lectores. En el caso español, la censura se ejerce en muchas de nuestras Universidades, donde se boicotean o se hacen *escraches* a conferenciantes non gratos, se vetan a otros de antemano o se *desinvitan* (¡horroroso anglicismo!) si habían sido aceptados por error.

Es una censura de la Sociedad Civil, que campea también entre todos nosotros, apoyada, sugerida o dirigida desde las esferas de la Sociedad Política. No sé si es primero el huevo o la gallina, pero lo cierto es que cada ucuse del Gobierno tiene inmediata repercusión entre muchos ciudadanos de a pie, que van asumiendo estas pautas e imponen silencio sobre lo *políticamente incorrecto* hasta en sus relaciones personales; cada persona, así, se va imponiendo una autocensura a la hora de hablar. Lo dicho: una plaga o pandemia con origen remoto al otro lado del Atlántico...

La hipersensibilidad afecta, por supuesto, a las aulas de todos los niveles; recuerdo una anécdota personal de poco antes de mi jubilación: un alumno de 2º de ESO se indignó porque, en la entrevista posterior a la corrección de su examen, no pude menos que endilgarle: «*Por favor, no seas cenutrio*»; «*Me está usted insultando...*», respondió agresivo; mi respuesta fue muy sencilla: «*Antes de decir eso, busca la palabra en el diccionario, para ver si es un insulto*»; evidentemente, *cenutrio* no estaba entre las entradas admitidas por la RAE, de forma que la cosa quedó en tablas y yo me evité con seguridad la visita de

unos papás airados, amparados en la *cultura de la denuncia*, que también tiene origen yanqui.

Como era –y sigo siendo– bastante atrevido, nunca dejé de aconsejar a los alumnos los maravillosos y desternillantes *Cuentos Políticamente Correctos*, de James Finn Garner, y de leerles algunos de ellos en clases más distendidas. Los recomiendo también a los lectores, por si quieren descansar de la novela cutre del *Caso Mediador*...

Anécdotas aparte, si vamos al fondo del asunto, podemos achacar esa universalización de la manía censora a dos motivos, que se interrelacionan entre sí:



una es el bajón del nivel cultural (a veces, lindante con la estupidez) que hace que un joven estudiante se escandalice con un soneto burlesco de Quevedo, se indigne con Cervantes o, en los ratos de asueto que le permite su

móvil, abomine de Agatha Christie o de Pérez-Reverte, salvando las distancias; la otra causa es la intencionalidad específicamente ideológica, que requiere alguna explicación.



De la misma forma que se interviene en la Historia, convirtiendo en «*memoria*» interesada lo que debería ser estudio e investigación, se interfiere también en la cultura heredada, en su sentido más amplio; estamos ante una estrategia gramsciana conocida, que atiende mucho más a la lucha contra la *superestructura* que a remediar los problemas de la gente en el campo de la *estructura*; de esta atención a los problemas de injusticia apenas se acuerdan las *nuevas izquierdas*; lo malo es que, también, esta preocupación y la citada anteriormente dejan completamente indiferentes a amplios sectores de la derecha, más interesados en la macroeconomía y alejados de cualquier *combate cultural*.

No es extraño que muchos autores e intelectuales de nuestros días se pregunten si estamos ante una nueva amenaza a la libertad, que, como corresponde a una «*sociedad líquida*» (Bauman), en la que no son posibles de detectar con seguridad los centros de Poder e Ingeniería Social, aunque están en la mente de muchos que no han desistido de *la funesta manía de pensar*.

Ya saben: hoy en día el censor no obedece al estereotipo de su caricatura (covachuela en vez de despacho, lápiz rojo en ristre, manguitos de percalina...). Todos podemos ser censores a poco que nos lo propongamos.

Guirigay y amnesia

Patxi López me cae simpático, aunque la sinapsis de sus neuronas falla a menudo. Por ejemplo se evidencia en periodos de amnesia. Olvida qué votos le hicieron lehendakari y luego presidente del Congreso

Juan Van-Halen (*El Debate*)

España es diferente, como proclamaba un viejo reclamo turístico, y una prueba de ello es que no nos extraña casi nada, ni siquiera que el Parlamento se haya convertido en un guirigay donde el insulto y la descalificación superan con creces al razonamiento. La cordialidad permanece ausente y, a menudo, también la buena educación. En los Plenos el presidente del Gobierno y sus ministros no contestan a lo que se les plantea, se pierden en los cerros de Úbeda y cierran su paupérrima dialéctica con algún insulto. Incluso el más cursi de los ministros acostumbra a descalificar sin gracia para sombrear su falta de respuestas.

Tengo la sensación de que dependemos de quienes ignoran lo que hacen, que al barco lo gobierna el grumete. Como si los más zoquetes del cole suplantasen al profesorado por ironías del destino. No es imposible que un día ocurra gracias a la ley Celaá, hoy embajadora ante la Santa Sede donde demuestra su mal gusto e impropiedad indumentaria.

El rostro y la voz del sanchismo en el Congreso es Patxi López, por nombre original Francisco Javier López Álvarez, que lleva desde los dieciséis años en política y no ha dejado de ocupar cargo tras cargo, de lo cual me alegro por él, además de que me cae simpático, aunque la sinapsis de sus neuronas falla a menudo. Por ejemplo se evidencia en periodos de amnesia. Olvida qué votos le hicieron lehendakari y luego presidente del Congreso. No digo que sea bondadoso con el adversario pero no es preciso insultar y menos cuando puede llevarle a hacer el ridículo. Estoy seguro de que Sánchez ya le perdonó que se enfrentase a él en las primarias, incluso habrá olvidado aquella hiriente pregunta: «¿Sabes lo que es una nación?». Luego se vio que la pregunta de Patxi era oportuna. No lo sabe.



Al demandarle su opinión sobre el caso Mediador y los manejos de su compañero Tito Berni, Patxi contestó tajante: «No hay caso». ¿Y entonces por qué le obligaron a dejar el escaño? Acababa de negar la constitución de una comisión parlamentaria para investigar la trama. Anunció que, sin embargo, se activaría la vieja comisión del caso Kitchen, de hace diez años, de cuya lista inicial de presuntos implicados y citados la mayoría fueron ya desimputados. Qué distinta vara de medir sobre la presunción de inocencia y la presunción de culpabilidad tienen los socialistas.

Y no es nuevo. Hay un golpe de Estado del que nunca se habla, envuelto en amnesia: la llamada revolución de Asturias, iniciada el 5 de octubre de 1934, contra el Gobierno de la República. El resultado: cerca de dos mil muertos y graves destrozos en el patrimonio monumental, artístico y documental. El motivo: había perdido las elecciones la izquierda y socialistas, comunistas y anarquistas amenazaron con un golpe si se integraban en el Gobierno ministros del partido que las había ganado. Cumplieron su amenaza. Aprovechando la confusión Companys proclamó la República catalana. Salvador de Madariaga, republicano, historiador, embajador y ministro, escribió en su libro España: «Con la rebelión de 1934 la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936». Indalecio Prieto señaló en México el 1 de mayo de 1942: «Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en aquel movimiento revolucionario. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria».



Parece que no ha pasado el tiempo. España sigue siendo diferente. Para Sánchez tampoco pasa. Esta vez el Super Puma le llevó a Azután (Toledo), municipio de menos de trescientos habitantes, para una reunión con mujeres rurales, la alcaldesa y una concejala, socialistas ambas. Las convocadas pertenecen a la Asociación Fademur beneficiada por el Gobierno con 285.000 euros. Era una visita improvisada y no se avisó ni a García Page pero a una asistente se le escapó: «No he podido dormir pensando en esto».

Y Pam se ríe cuando sus pupilas corean «qué pena me da, qué pena me da, que la madre de Abascal no pudiera abortar». ¿Cómo va a dimitir? En qué trabajo escucharía algo tan sublime. Sería su primer trabajo y cómo va a perder los 123.000 euros que le pagamos los españoles por su ignorancia. También lo pagan los destinatarios de sus ordinarietes.

Y Pam se ríe cuando sus pupilas corean «qué pena me da, qué pena me da, que la madre de Abascal no pudiera abortar». ¿Cómo va a dimitir? En qué trabajo escucharía algo tan sublime. Sería su primer trabajo y cómo va a perder los 123.000 euros que le pagamos los españoles por su ignorancia. También lo pagan los destinatarios de sus ordinarietes.

La barbarie sale ley. Y tiene un patrón que la ceba

Isidro García Getino (Siglo XXI)



Está claro que la inteligencia es previsible, pero no así la estupidez.

Siempre, y cada vez más, cuando Pedro Sánchez tiene que dar la cara, da justamente lo otro «sin nombre». Como eso ocurre a diario, ya no sabemos cuál es su fisonomía real.

¿Será una distopía el que las mujeres para él sirven sólo de relleno?

¿O será el deterioro de la salud mental que la pandemia ha multiplicado de forma alarmante? Basta ver lo que pasa en el ministerio de igual-dá; aunque lo del presidente viene de antes, de siempre.

Opino que se juntan distopía y grave deterioro mental con las consecuencias subsiguientes: tanta estupidez nos está volviendo a todos medio estúpidos, aunque los rebeldes estamos muy lejos de ese buque fantasma con políticos a la deriva y cargado con cientos de parlamentarios encadenados en sus bodegas ¡pobres!, abducidos y manejados como marionetas para divertimento de medio mundo, ese mundo que odia a España.

Nos acosan con leyes; leyes hechas con su miope visión de la persona y que son un excremento; y el presidente nos dice que tiene que seguir el juego a sus errores ¡cierto!, porque así los multiplica ya que ese es su juego real: pegotes, chapuzas, pastiches; todo un carnaval con disfraces de usar y tirar.

Estamos en el retrato vivo de lo que decía Julio Camba ya en el siglo XIX: «Estos políticos desbarran y mienten de la misma manera que el toro embiste, la vaca muge, la oveja bala y la gallina cacarea».



Sí, estamos en un terreno abonado donde el mal florece y su fruto es la impiedad en fondo y forma. En política siempre hay personajes bufones capaces de parir leyes con sus mismas propiedades; nuestro colectivo Frankenstein da fehaciente prueba de ello. El bien común les importa un bledo, ellos están fabricando derechos para sus colegas ideológicos, los de las muchas letras esas LBGTIQP+... Para ellos sólo existe su círculo, su ideología y el humo de sus infinitas limitaciones.

A fuerza de ideología se han convencido de que destrozarse la salud física y psíquica de los niños y jóvenes es progresismo; no importa lo peligroso, lo deleznable, lo antihumano y di-social que sean sus leyes, su proceder, su traición; para ellos es valioso si tiene ideología de género y lo imponen por ley coercitiva, penalizadora y esclavizadora a todo disidente.

Pues bien, ese es nuestro reto y nuestra rebelión: disentir. La grandeza de los no ideologizados, los políticamente incorrectos es «non serviam». Nosotros sí servimos para resguardar a nuestros niños, defender a nuestros jóvenes, despreciar leyes inicuas, proteger la salud como bien común, liberar de ataduras ideológicas y EDUCAR: socorrer al niño que clama «¿No puedo yo renunciar al menos a uno de mis derechos? Yo no quiero derechos, yo quiero educación».

EDUCACIÓN es respeto (ante todo), y es justicia, es caridad y es libertad; es muchas cosas más, pero jamás será fluir que es carencia de SER.

Todas las personas son dignas de respeto, no así las opiniones y, mucho menos, las ideologías destructivas y deformadoras de la realidad, de la ciencia, de las personas y que maltratan a la sociedad.

Nuestra rebelión contra la política ideologizada que nos quieren imponer, abarca todo, porque pretende destruir TODO. Nuestra vida es ahora y no queremos que otros patanes nos impongan cómo vivirla; así es también con nuestros hijos, nuestra familia, nuestros amigos y toda persona que se ve sojuzgada con engaño, con mentira, con fantasías, con leyes inicuas sin sentido ni humanidad, sin principios ni valores, sin ciencia ni justicia.

Ser humano es difícil cuando tratan de impedirlo con leyes des-humanizantes. No importa, nosotros queremos defender a los indefensos, a los débiles, a los vulnerables, a los disfóricos, a los desorientados, a los engañados y los maltratados que son víctimas de este gobierno. España y todos los españoles hoy somos víctimas del gobierno que dicta maldad, abuso, odios, descartes, engaño, privilegios para unos y prebendas para otros; miseria para nosotros.

Gobernar es buscar, proteger, atender, fomentar y publicar el BIEN COMÚN, justamente todo lo opuesto a lo que el, así llamado gobierno español del momento, está haciendo. Nos queda el recurso a la rebelión, la desobediencia sistemática y la expresión de nuestras opiniones y opciones. Somos la sociedad, el pueblo, las personas contra la ideología tiránica que legisla. Las leyes basura tienen su sitio en el muladar, no en nuestras familias, no en las instituciones, no entre personas que lo son; y mucho menos en la EDUCACIÓN.

La educación emocional empieza en la gratitud y el respeto, no en «pitos y flautas» como están enseñando a los niños desde los 4 años en las escuelas; les quieren carne de pedófilos.

La familia protege; los médicos, los educadores, las iglesias y algunas asociaciones están para eso. La ideología de género sacrifica al sujeto a sus enunciados fanáticos y lo impregna todo de combustible para incendiar la sociedad, consumir a la familia, distorsionar la medicina, enciscar la educación y volar las iglesias. Sólo nos resta la rebelión, la lucha sensata para aniquilar el mal y liberar a las personas de ser ellas aniquiladas en su humanidad.

La barbarie es la antítesis de la ley, el gobierno las unce perversamente para su propio y particular beneficio que es la negación del bien común o antigobierno.

Feministas: víctimas o culpables

Alicia Beatriz Montes Ferrer (*Adelante España*)

Master en Ciencias para la Familia | Orientadora Familiar

Cada año observamos, algunos impasibles, otros pasmados e incluso los hay que maravillados, las manifestaciones que convocan las feministas por el día de la Mujer. Podríamos hablar de algunos puntos concretos sobre el origen del feminismo actual que provoca que muchas mujeres salgan a las calles el 8M, como enloquecidas por fuerzas internas que les hacen gritar

a los cuatro vientos soltando bocanadas, no de un aire puro, como parecen afirmar en el manifiesto de este año¹, sino más bien putrefacto y lleno de veneno.

Sin entrar en que el día 8M es infinitamente absurdo que se siga celebrando, pues el origen que dio pie a esa celebración está hartamente logrado, me detendré en hacer unas consideraciones acerca de estas feministas.

Aunque ciertamente, gran parte de la población ni se para a pensar sobre lo que estas mujeres reivindican en el manifiesto que año tras año publican, es más, ni conocen sus existencia, no somos pocas las mujeres que sabemos de sobra, que son un colectivo movido por intereses partidistas y económicos. Son mujeres subvencionadas y organizadas por ese sistema, que dicen le mira desde arriba, y que curiosamente son hombres en su mayoría, y que, sin su



apoyo, no llegarían a ser más que cuatro locas soltando incongruencias por sus bocas.

Durante las décadas que se han sucedido desde los siglos XVIII y XIX, hemos pasado de un feminismo que pedía la igualdad en relación al hombre en la vida pública, respetando las diferencias de ambos, a otro bien distinto. Ahora lo que se estila es el machaqueo constante y cruel al va-

rón, la persecución a la familia y al matrimonio natural y el ataque al no nacido, sin olvidar el homosexualismo. Esto es en resumen el feminismo actual.

Y si bien es cierto que el feminismo ha tenido una clara ruptura interna, tal y como hemos apreciado por la Ley Trans, en las que se han puesto las cartas sobre la mesa sobre el feminismo de un bando y del otro, cuya diferencia está en el apoyo o no de la diversidad de género, y, por tanto, del cambio de sexo en los menores, el feminismo está totalmente corrompido. De ahí, que la Asociación AMANDA², haya tenido tanto peso en los medios de comunicación alertando sobre el aumento de la disforia de género en adolescentes, feministas en contra de la transexualidad, pero a favor del aborto, el lesbianismo y en contra del hombre.

Sin entrar en muchos detalles, podemos citar algunos de los antecedentes que dieron pie a estas feministas radicales de género que toman las calles con sus pañuelos verdes cual bandera.

La clásica y bien conocida Simone de Beauvoir (1908-1986, en cuya obra *El segundo sexo* nos anticipa la idea de que la mujer es un constructo social, explicitada en su frase: «no se nace mujer, se llega a serlo». Y, por cierto, defen-

¹ <https://hacialahuelgafeminista.org/manifiesto-8m-madrid-2023/>

² <https://www.amandafamilias.org/>

sora de la pedofilia, tal y como Alicia Rubio nos relata en sus dos últimos libros: *Feminismo sin complejos* y *...y os utilizaron por ser niños. Adoctrinamiento y desprotección para legalizar la pedofilia*. La también comunista Shulamith Firestone (1944-2012), en cuyo libro *La dialéctica del sexo* (1970) expone su tesis marxista de la lucha de clases extrapolada a los sexos, con la peculiaridad de que, al igual que la anterior, quería eliminar todas las diferencias entre hombre y mujer. Que es precisamente lo que ahora estamos viviendo con el género. Éstas y otras muchas figuras feministas, mamaron de las ideologías marxistas comunistas de la época, especialmente de personas cuyas ideas fueron muy influyentes, tal podría ser Antonio Gramsci (1891-1937). La lucha marxista ahora sería ideológica, contra ciertas instituciones que debían de ser colonizadas por sus depravadas ideas.

Como comentaba, estas mujeres, salen a la calle orgullosas con sus pañuelos verdes, puños alzados, pancartas con frases impactantes, que claman al cielo reivindicando sus derechos, esos nuevos derechos que se han inventado y



nos quieren colar. Tales como el derecho al aborto libre y gratuito. Lo cual, ellas repiten como un mantra, ellas que no dejan de ser unas pobres víctimas del sistema, presas de un pensamiento que les han inducido a pensar a algunas, y que les supone una generosa cantidad de dinero o puesto de trabajo a otras. Ya sabemos que a ellas no les importa ese ser indefenso que lle-

van dentro las embarazadas que piden matarlo, porque, hablemos claro, el aborto no es una interrupción voluntaria del embarazo, sino un asesinato. Les han hecho creer que eso es un derecho, pero no les hablan de que existen otras salidas a esa situación que les hace sufrir ante lo que podrían buscar una solución mucho más feliz. La mujer, tras un aborto, es la que siempre saldrá perdiendo, (aparte de su hijo muerto), porque matar a un hijo en el propio seno deja unas secuelas, más visibles o menos en el tiempo, prácticamente imposibles de borrar, sin hablar de las consecuencias físicas que puede suponer.

Les han hecho creer que el hombre es malo por naturaleza y que ellas son las oprimidas por su gen dominante y violento. Pero no les hablan del amor tierno y entregado de muchos hombres que aman y respetan a sus esposas, hijos y madres.

Quizás, estas chicas, han sido sometidas a un lavado de cabeza en los centros educativos o en las RRSS, mientras gran parte de la sociedad miraba a otra parte. Quizás ellas, no han vivido el amor de un padre a una madre e incluso han podido haber sufrido algún tipo de abusos, discriminaciones o malos tratos. Cada mujer es un mundo, cada una tiene una historia detrás que sostiene cada uno de los movimientos que realiza.

Esta realidad está ahí y debe ser conocida y denunciada. Actualmente estamos observando a nuestro alrededor los frutos del adoctrinamiento tan terrible que se está llevando de un modo más o menos sutil, comenzando desde los centros escolares.

Esas feministas que salen con rabia y odio el 8M para vengar a todas las mujeres que en un pasado fueron asesinadas o violadas, que se han quedado ancladas en el pasado y en el rencor sin poder ver más allá de sus ojos ensangrentados de venganza, son las mismas que, junto a los lobbies LGTBI, elaboran los programas educativos con perspectiva de género que introducen en



los colegios e institutos a donde asisten miles de niños todos los días durante muchas horas a la semana. Y éstos son el futuro esperanzador de los colectivos, que gritarán las mismas palabras, el mismo pensamiento que se les han inducido, sin saber en muchas ocasiones si eso que afirman y reivindicán tiene una base sólida, pues nadie les ha enseñado a tener capacidad crítica y

de reflexión. Estas niñas, que todavía juegan con sus amigas, pero cuya mente está siendo embotada con perversas ideas, son claramente víctimas de una sociedad que, en lugar de ayudarlas, de defenderlas de este verdadero ataque a su dignidad y desarrollo integral, que, en lugar de ofrecerles cobijo ante estas lobas sin escrúpulos, y levantarse para luchar por ellas, mira el panorama como quien está viendo una película ajena a ellos.

Esto, lo vamos a pagar todos como sociedad. Porque son nuestros hijos, nietos, sobrinos, porque son nuestros futuros abogados, maestros, policías y médicos. Porque esta sociedad caerá en el odio, el victimismo, la violencia ejercida por estas mujeres que buscan a toda costa un libertinaje que daña a la propia mujer y rompe con las relaciones amistosas entre las personas.

Este 8M saldréis a las calles como un tornado feminista que dejará a su paso dolor como todo lo que tocáis con vuestras ideologías.

Nosotras, las mujeres a quienes no nos representáis, no necesitamos salir a las calles a gritar para que se nos oiga, porque sabemos que es en el día a día, con las cosas cotidianas que se hacen con amor, es como se logra el verdadero cambio social. Porque nosotras trabajamos al igual que nuestros maridos o nuestros padres sin sentirnos discriminadas por nuestros compañeros o jefes a los que apreciamos y con los que nos vamos a tomar cervezas si viene al caso. Nosotras tenemos hijos, los cuidamos y damos la vida por ellos desde el momento de

la concepción, porque somos conscientes de que no hay nada más maravilloso que tener un hijo de tus entrañas, notar como día a día va creciendo, y sentir cómo ese amor que te une te da fuerzas para amarlo a pesar de que hay

ocasiones que las circunstancias se ponen muy cuesta arriba. Porque no nos importa tener que reducir la jornada o dejar el trabajo de un modo voluntario, porque trabajar en casa por amor a la familia es mucho más gratificante de lo que muchas de las mujeres que deciden no tener hijos, creen. Nosotras somos mujeres y madres que educamos a nuestros hijos en el respeto a todos, sin poner etiquetas, les enseñamos a amar, a ser fieles y comprometidas, a no ser interesadas y egoístas en las relaciones. Les enseñamos auténticos valores que les ayudan a enriquecerse y crecer como personas hacia el bien. Nosotras no estamos explotadas por nuestros maridos, porque nos une una alianza de amor que puede vencer todas las tormentas que se presenten y porque tras cada bache, nuestro amor se hace más fuerte. No estamos explotadas por cocinar o poner lavadoras, porque nuestros maridos mano a mano, trabajan incesantemente por levantar entre todos la familia.

No necesitamos salir a la calle porque la igualdad hacia el hombre que buscamos la tenemos más que conseguida, y que, gracias a nuestro trabajo diario, nuestra dedicación y constancia, estamos construyendo un mundo donde nos complementamos de un modo inigualable.

Nuestra sociedad tan sólo se podrá sostener gracias al amor no por vuestros gritos y manifiestos cargados de odio.

Quitad vuestras sucias manos de nuestros hijos, vosotras sois unas víctimas del sistema que os maneja para sus intereses, pero también culpables de la deriva que están tomando nuestros jóvenes.

Carta del papa Juan Pablo II a las mujeres

Juan Pablo II

A vosotras, mujeres del mundo entero, os doy mi más cordial saludo:

1. A cada una de vosotras dirijo esta carta con objeto de compartir y manifestar gratitud, en la proximidad de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, que tendrá lugar en Pekín el próximo mes de septiembre.

Ante todo deseo expresar mi *vivo reconocimiento* a la Organización de las Naciones Unidas, que ha promovido tan importante iniciativa. La Iglesia quiere ofrecer también su contribución en defensa de la dignidad, papel y derechos de las mujeres, no sólo a través de la aportación específica de la Delegación oficial de la Santa Sede a los trabajos de Pekín, sino también hablando directamente al corazón y a la mente de todas las mujeres. Recientemente, con ocasión de la visita que la *Señora Gertrudis Mongella*, Secretaria General de la Conferencia, me ha hecho precisamente con vistas a este importante encuentro, le he entregado un *Mensaje* en el que se recogen algunos puntos fundamentales de la enseñanza de la Iglesia al respecto. Es un mensaje que, más allá de la circunstancia específica que lo ha inspirado, se abre a la perspectiva más general de la realidad y de los problemas de las *mujeres en su conjunto*, poniéndose al servicio de su causa en la Iglesia y en el mundo contemporáneo. Por lo cual he dispuesto que se enviara a todas las Conferencias Episcopales, para asegurar su máxima difusión.

Refiriéndome a lo expuesto en dicho documento, quiero ahora *dirigirme directamente a cada mujer*, para reflexionar con ella sobre sus problemas y las perspectivas de la condición femenina en nuestro tiempo, deteniéndome en particular sobre el tema esencial de la *dignidad* y de los *derechos* de las mujeres, considerados a la luz de la Palabra de Dios.

El punto de partida de este diálogo ideal no es otro que dar *gracias*. «La Iglesia – escribía en la Carta apostólica *Mulieris dignitatem*– desea dar *gracias a la Santísima Trinidad* por el «misterio de la mujer» y por cada mujer, por lo que constituye la medida eterna de su dignidad femenina, por las «maravillas de Dios, que en la historia de la humanidad se han realizado en ella y por ella» (n. 31).

2. Dar *gracias* al Señor por su designio sobre la vocación y la misión de la mujer en el mundo se convierte en un agradecimiento concreto y directo a las mujeres, a cada mujer, por lo que representan en la vida de la humanidad.

Te doy *gracias, mujer-madre*, que te conviertes en seno del ser humano con la alegría y los dolores de parto de una experiencia única, la cual te hace sonrisa de Dios para el niño que viene a la luz y te hace guía de sus primeros pasos, apoyo de su crecimiento, punto de referencia en el posterior camino de la vida.



Te doy *gracias, mujer-esposa*, que unes irrevocablemente tu destino al de un hombre, mediante una relación de recíproca entrega, al servicio de la comunión y de la vida.

Te doy *gracias, mujer-hija y mujer-hermana*,

que aportas al núcleo familiar y también al conjunto de la vida social las riquezas de tu sensibilidad, intuición, generosidad y constancia.

Te doy *gracias, mujer-trabajadora*, que participas en todos los ámbitos de la vida social, económica, cultural, artística y política, mediante la indispensable aportación que das a la elaboración de una cultura capaz de conciliar razón y sentimiento, a una concepción de la vida siempre abierta al sentido del «misterio», a la edificación de estructuras económicas y políticas más ricas de humanidad.

Te doy *gracias, mujer-consagrada*, que a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, Verbo encarnado, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la humanidad a vivir para Dios una respuesta «esposal», que expresa maravillosamente la comunión que Él quiere establecer con su criatura.

Te doy *gracias, mujer*, ¡por el hecho mismo de ser *mujer*! Con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas.

3. Pero dar *gracias* no basta, lo sé. Por desgracia somos herederos de una historia de enormes *condicionamientos* que, en todos los tiempos y en cada lugar, han hecho

difícil el camino de la mujer, despreciada en su dignidad, olvidada en sus prerrogativas, marginada frecuentemente e incluso reducida a esclavitud. Esto le ha impedido ser profundamente ella misma y ha empobrecido la humanidad entera de auténticas riquezas espirituales. No sería ciertamente fácil señalar responsabilidades precisas, considerando la fuerza de las sedimentaciones culturales que, a lo largo de los siglos, han plasmado mentalidades e instituciones. Pero si en esto no han faltado, especialmente en determinados contextos históricos, responsabilidades objetivas incluso en no pocos hijos de la Iglesia, lo siento sinceramente. Que este sentimiento se convierta para toda la Iglesia en un compromiso de renovada fidelidad a la inspiración evangélica, que precisamente sobre el tema de la liberación de la mujer de toda forma de abuso y de dominio tiene un mensaje de perenne actualidad, el cual brota de la *actitud misma de Cristo*. Él, superando las normas vigentes en la cultura de su tiempo, tuvo en relación con las mujeres una actitud de apertura, de respeto, de acogida y de ternura. De este modo honraba en la mujer la dignidad que tiene desde siempre, en el proyecto y en el amor de Dios. Mirando hacia Él, al final de este segundo milenio, resulta espontáneo preguntarse: ¿qué parte de su mensaje ha sido comprendido y llevado a término?

Ciertamente, es la hora de mirar con la *valentía de la memoria*, y reconociendo sinceramente las responsabilidades, la larga historia de la humanidad, a la que las mujeres



han contribuido no menos que los hombres, y la mayor parte de las veces en condiciones bastante más adversas. Pienso, en particular, en las mujeres que han amado la cultura y el arte, y se han dedicado a ello partiendo con desventaja, excluidas a menudo de una educación igual, expuestas a la infravaloración, al desconocimiento e incluso al despojo

de su aportación intelectual. Por desgracia, de la múltiple actividad de las mujeres en la historia ha quedado muy poco que se pueda recuperar con los instrumentos de la historiografía científica. Por suerte, aunque el tiempo haya enterrado sus huellas documentales, sin embargo se percibe su influjo benéfico en la linfa vital que conforma el ser de las generaciones que se han sucedido hasta nosotros. Respecto a esta grande e inmensa «tradición» femenina, la humanidad tiene una deuda incalculable. ¡Cuántas mujeres han sido y son todavía más tenidas en cuenta por su aspecto físico que por su competencia, profesionalidad, capacidad intelectual, riqueza de su sensibilidad y en definitiva por la dignidad misma de su ser!

4. Y qué decir también de los obstáculos que, en tantas partes del mundo, impiden aún a las mujeres su plena inserción en la vida social, política y económica? Baste pensar en cómo a menudo es penalizado, más que gratificado, el don de la maternidad, al que la humanidad debe también su misma supervivencia. Ciertamente, aún queda mucho por hacer para que el ser mujer y madre no comporte una discriminación. Es urgente alcanzar en todas partes la *efectiva igualdad* de los derechos de la persona y por tanto igualdad de salario respecto a igualdad de trabajo, tutela de la trabajadora-madre, justas promociones en la carrera, igualdad de los esposos en el derecho de familia, reconocimiento de todo lo que va unido a los derechos y deberes del ciudadano en un régimen democrático.

Se trata de un acto de justicia, pero también de una necesidad. Los graves problemas sobre la mesa, en la política del futuro, verán a la mujer comprometida cada vez más: tiempo libre, calidad de la vida, migraciones, servicios sociales, eutanasia, droga, sanidad y asistencia, ecología, etc. Para todos estos campos será preciosa una mayor presencia social de la mujer, porque contribuirá a manifestar las contradicciones de una sociedad organizada sobre puros criterios de eficiencia y productividad, y obligará a replantear los sistemas en favor de los procesos de humanización que configuran la «civilización del amor».

5. Mirando también uno de los aspectos más delicados de la situación femenina en el mundo, cómo no recordar la larga y humillante historia –a menudo «subterránea»– de abusos cometidos contra las mujeres en el campo de la sexualidad? A las puertas del tercer milenio no podemos permanecer impasibles y resignados ante este fenómeno. Es hora de condenar con determinación, empleando los medios legislativos apropiados de defensa, las formas de *violencia sexual* que con frecuencia tienen por objeto a las mujeres. En nombre del respeto de la persona no podemos además no denunciar la difundida cultura hedonística y comercial que promueve la explotación sistemática de la sexualidad, induciendo a chicas incluso de muy joven edad a caer en los ambientes de la corrupción y hacer un uso mercenario de su cuerpo.

Ante estas perversiones, cuánto reconocimiento merecen en cambio las mujeres que, con amor heroico por su criatura, llevan a término un embarazo derivado de la



injusticia de relaciones sexuales impuestas con la fuerza; y esto no sólo en el conjunto de las atrocidades que por desgracia tienen lugar en contextos de guerra todavía tan frecuentes en el mundo, sino también en situaciones de bienestar y de paz, viciadas a menudo por una cultura de permisivismo hedonístico, en que prosperan también más fácilmente tendencias de ma-

chismo agresivo. En semejantes condiciones, la opción del aborto, que es siempre un pecado grave, antes de ser una responsabilidad de las mujeres, es un crimen imputable al hombre y a la complicidad del ambiente que lo rodea.

6. Mi «gratitud» a las mujeres se convierte pues en una *llamada apremiante*, a fin de que por parte de todos, y en particular por parte de los Estados y de las instituciones internacionales, se haga lo necesario para devolver a las mujeres el pleno respeto de su dignidad y de su papel. A este propósito expreso mi admiración hacia las mujeres de buena voluntad que se han dedicado a defender la dignidad de su condición femenina mediante la conquista de fundamentales derechos sociales, económicos y políticos, y han tomado esta valiente iniciativa en tiempos en que este compromiso suyo era considerado un acto de transgresión, un signo de falta de femineidad, una manifestación de exhibicionismo, y tal vez un pecado.

Como expuse en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* de este año, mirando este gran proceso de liberación de la mujer, se puede decir que «ha sido un camino difícil y complicado y, alguna vez, no exento de errores, aunque sustancialmente positivo, incluso estando todavía incompleto por tantos obstáculos que, en varias partes

del mundo, se interponen a que la mujer sea reconocida, respetada y valorada en su peculiar dignidad» (n. 4).

¡Es necesario continuar en este camino! Sin embargo estoy convencido de que el secreto para recorrer libremente el camino del pleno respeto de la identidad femenina no está solamente en la denuncia, aunque necesaria, de las discriminaciones y de las injusticias, sino también y sobre todo en un eficaz e ilustrado *proyecto de promoción*, que contemple todos los ámbitos de la vida femenina, a partir de una *renovada y universal toma de conciencia de la dignidad de la mujer*. A su reconocimiento, no obstante los múltiples condicionamientos históricos, nos lleva la razón misma, que siente la Ley de Dios inscrita en el corazón de cada hombre. Pero es sobre todo la Palabra de Dios la que nos permite descubrir con claridad el radical *fundamento antropológico* de la dignidad de la mujer, indicándonoslo en el designio de Dios sobre la humanidad.

7. Permitidme pues, queridas hermanas, que medite de nuevo con vosotras sobre la maravillosa página bíblica que presenta la creación del ser humano, y que dice tanto sobre vuestra dignidad y misión en el mundo.

El *Libro del Génesis* habla de la creación de modo sintético y con lenguaje poético y simbólico, pero profundamente verdadero: «Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó: *varón y mujer los creó* » (Gn 1, 27). La acción creadora de Dios se desarrolla según un proyecto preciso. Ante todo, se dice que el ser humano es creado «a imagen y semejanza de Dios» (cf. Gn 1, 26), expresión que aclara en seguida *el carácter peculiar del ser humano en el conjunto de la obra de la creación*.



Se dice además que el ser humano, desde el principio, es creado como «varón y mujer» (Gn 1, 27). La Escritura misma da la interpretación de este dato: el hombre, aun encontrándose rodeado de las innumerables criaturas del mundo visible, ve que *está solo* (cf. Gn 2, 20). Dios interviene para hacerlo salir de tal situación de soledad: «*No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada*» (Gn 2, 18). En la creación de la mujer está inscrito, pues, desde el inicio *el principio de la ayuda*: ayuda –mírese bien– no unilateral, sino *recíproca*. La mujer es el complemento del hombre, como el hombre es el complemento de la mujer: mujer y hombre son entre sí *complementarios*. La femineidad realiza lo «humano» tanto como la masculinidad, pero con una modulación diversa y complementaria.

Cuando el Génesis habla de «ayuda», no se refiere solamente al ámbito del *obrar*, sino también al del *ser*. Femineidad y masculinidad son entre sí complementarias *no sólo desde el punto de vista físico y psíquico, sino ontológico*. Sólo gracias a la dualidad de lo «masculino» y de lo «femenino» lo «humano» se realiza plenamente.

8. Después de crear al ser humano varón y mujer, Dios dice a ambos: «*Llenad la tierra y sometedla*» (Gn 1, 28). No les da sólo el poder de procrear para perpetuar en el tiempo el género humano, sino que *les entrega también la tierra como tarea, comprometiéndolos a administrar sus recursos con responsabilidad*. El ser humano, ser racio-

nal y libre, está llamado a transformar la faz de la tierra. En este encargo, que esencialmente es obra de cultura, *tanto el hombre como la mujer* tienen desde el principio igual responsabilidad. En su reciprocidad esponsal y fecunda, en su común tarea de dominar y someter la tierra, la mujer y el hombre no reflejan una igualdad estática y uniforme, y ni siquiera una diferencia abismal e inexorablemente conflictiva: su relación más natural, de acuerdo con el designio de Dios, es la «*unidad de los dos*», o sea una «*unidualidad*» relacional, que permite a cada uno sentir la relación interpersonal y recíproca como un don enriquecedor y responsabilizante.

A esta «*unidad de los dos*» confía Dios no sólo la obra de la procreación y la vida de la familia, sino la construcción misma de la historia. *Si durante el Año internacional de la Familia*, celebrado en 1994, se puso la atención sobre la *mujer como madre*, la Conferencia de Pekín es la ocasión propicia para una nueva toma de conciencia de la *múltiple aportación que la mujer ofrece a la vida de todas las sociedades y naciones*. Es una aportación, ante todo, de naturaleza espiritual y cultural, pero también sociopolítica y económica. ¡Es mucho verdaderamente lo que deben a la aportación de la mujer los diversos sectores de la sociedad, los Estados, las culturas nacionales y, en definitiva, el progreso de todo el género humano!

9. Normalmente el progreso se valora según categorías científicas y técnicas, y también desde este punto de vista no falta la aportación de la mujer. Sin embargo, no es ésta la única dimensión del progreso, es más, ni siquiera es la principal. Más importante es la *dimensión ética y social*, que afecta a las relaciones humanas y a los valores del espíritu: en esta dimensión, desarrollada a menudo sin clamor, a partir de las relaciones cotidianas entre las personas, especialmente dentro de la familia, la sociedad es en gran parte deudora precisamente al «*genio de la mujer*».



A este respecto, quiero manifestar una particular gratitud a las mujeres comprometidas en los más diversos sectores de la *actividad educativa*, fuera de la familia: asilos, escuelas, universidades, instituciones asistenciales, parroquias, asociaciones y movimientos. Donde se da la exigencia de un trabajo formativo se puede constatar la inmensa disponibilidad de las mujeres a dedicarse a las relaciones humanas, especialmente en favor de los más débiles e indefensos. En este cometido manifiestan una forma de *maternidad afectiva, cultural y espiritual*, de un valor verdaderamente inestimable, por la influencia que tiene en el desarrollo de la persona y en el futuro de la sociedad. ¿Cómo no recordar aquí el testimonio de tantas mujeres católicas y de tantas Congregaciones religiosas femeninas que, en los diversos continentes, han hecho de la educación, especialmente de los niños y de las niñas, su principal servicio? ¿Cómo no mirar con gratitud a todas las mujeres que han trabajado y siguen trabajando en el campo de la salud, no sólo en el ámbito de las instituciones sanitarias mejor organizadas, sino a menudo en circunstancias muy precarias, en los Países más pobres del mundo, dando un testimonio de disponibilidad que a veces roza el martirio?

10. Deseo pues, queridas hermanas, que se reflexione con mucha atención sobre el tema del «*genio de la mujer*», no sólo para reconocer los caracteres que en el mismo

hay de un preciso proyecto de Dios que ha de ser acogido y respetado, sino también para darle un mayor espacio en el conjunto de la vida social así como en la eclesial. Precisamente sobre este tema, ya tratado con ocasión del *Año Mariano*, tuve oportunidad de ocuparme ampliamente en la citada Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, publicada en 1988. Este año, además, con ocasión del Jueves Santo, a la *tradicional Carta que envió a los sacerdotes* he querido agregar idealmente la *Mulieris dignitatem*, invitándoles a reflexionar sobre el significativo papel que la mujer tiene en sus vidas como madre, como hermana y como colaboradora en las obras apostólicas. Es ésta otra dimensión, –diversa de la conyugal, pero asimismo importante– de aquella «ayuda» que la mujer, según el Génesis, está llamada a ofrecer al hombre.

La Iglesia ve en María la máxima expresión del «genio femenino» y encuentra en Ella una fuente de continua inspiración. María se ha autodefinido «esclava del Señor» (Lc 1, 38). Por su obediencia a la Palabra de Dios Ella ha acogido su vocación privilegiada, nada fácil, de esposa y de madre en la familia de Nazaret. Poniéndose al servicio de Dios, ha estado también al servicio de los hombres: un *servicio de amor*.



Precisamente este servicio le ha permitido realizar en su vida la experiencia de un misterioso, pero auténtico «reinar». No es por casualidad que se la invoca como «Reina del cielo y de la tierra». Con este título la invoca toda la comunidad de los creyentes, la invocan como «Reina» muchos pueblos y naciones. ¡Su «reinar» es servir! ¡Su servir es «reinar»!

De este modo debería entenderse la autoridad, tanto en la familia como en la sociedad y en la Iglesia. El «reinar» es la

revelación de la vocación fundamental del ser humano, creado a «imagen» de Aquel que es el Señor del cielo y de la tierra, llamado a ser en Cristo su hijo adoptivo. El hombre es la única criatura sobre la tierra que «Dios ha amado por sí misma», como enseña el Concilio Vaticano II, el cual añade significativamente que el hombre «no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo» (*Gaudium et spes*, 24).

En esto consiste el «reinar» materno de María. Siendo, con todo su ser, un don para el Hijo, es un don también para los hijos e hijas de todo el género humano, suscitando profunda confianza en quien se dirige a Ella para ser guiado por los difíciles caminos de la vida al propio y definitivo destino trascendente. A esta *meta final* llega cada uno a través de las etapas de la propia vocación, una meta que orienta el compromiso en el tiempo tanto del hombre como de la mujer.

11. En este horizonte de «servicio» –que, si se realiza con libertad, reciprocidad y amor, expresa la verdadera «realeza» del ser humano– es posible acoger también, sin desventajas para la mujer, una cierta diversidad de papeles, en la medida en que tal diversidad no es fruto de imposición arbitraria, sino que mana del carácter pecu-

liar del ser masculino y femenino. Es un tema que tiene su aplicación específica incluso dentro de la Iglesia. Si Cristo –con una elección libre y soberana, atestiguada por el Evangelio y la constante tradición eclesial– ha confiado solamente a los varones la tarea de ser «icono» de su rostro de «pastor» y de «esposo» de la Iglesia a través del ejercicio del sacerdocio ministerial, esto no quita nada al papel de la mujer, así como al de los demás miembros de la Iglesia que no han recibido el orden sagrado, siendo por lo demás todos igualmente dotados de la dignidad propia del «sacerdocio común», fundamentado en el Bautismo. En efecto, estas distinciones de papel no deben interpretarse a la luz de los cánones de funcionamiento propios de las sociedades humanas, sino con los criterios específicos de la *economía sacramental*, o sea, la economía de «signos» elegidos libremente por Dios para hacerse presente en medio de los hombres.

Por otra parte, precisamente en la línea de esta economía de signos, incluso fuera del ámbito sacramental, hay que tener en cuenta la «femineidad» vivida según el modelo sublime de María. En efecto, en la «femineidad» de la mujer creyente, y particularmente en el de la «consagrada», se da una especie de «profecía» inmanente (cf. *Mulieris dignitatem*, 29), un simbolismo muy evocador, podría decirse un fecundo «carácter de icono», que se realiza plenamente en María y expresa muy bien el ser mismo de la Iglesia como comunidad consagrada totalmente con corazón «virgen», para ser «esposa» de Cristo y «madre» de los creyentes. En esta perspectiva de complementariedad «icónica» de los papeles masculino y femenino se ponen mejor de relieve las dos dimensiones imprescindibles de la Iglesia: el principio «mariano» y el «apostólico-petrino» (cf. *ibid.*, 27).



Por otra parte –lo recordaba a los sacerdotes en la citada *Carta del Jueves Santo de este año*– el sacerdocio ministerial, en el plan de Cristo «no es expresión de *dominio*, sino de *servicio*» (n. 7). Es

deber urgente de la Iglesia, en su renovación diaria a la luz de la Palabra de Dios, evidenciar esto cada vez más, tanto en el desarrollo del espíritu de comunión y en la atenta promoción de todos los medios típicamente eclesiales de participación, como a través del respeto y valoración de los innumerables carismas personales y comunitarios que el Espíritu de Dios suscita para la edificación de la comunidad cristiana y el servicio a los hombres.

En este amplio ámbito de servicio, la historia de la Iglesia en estos dos milenios, a pesar de tantos condicionamientos, ha conocido verdaderamente el «genio de la mujer», habiendo visto surgir en su seno mujeres de gran talla que han dejado amplia y beneficiosa huella de sí mismas en el tiempo. Pienso en la larga serie de mártires, de santas, de místicas insignes. Pienso de modo especial en santa Catalina de Siena y en santa Teresa de Jesús, a las que el Papa Pablo VI concedió el título de Doctoras de la Iglesia. Y ¿cómo no recordar además a tantas mujeres que, movidas por la fe, han emprendido iniciativas de extraordinaria importancia social especialmente al servicio de los más pobres? En el futuro de la Iglesia en el tercer milenio no dejarán de darse ciertamente nuevas y admirables manifestaciones del «genio femenino».

12. Vosotras veis, pues, queridas hermanas, cuántos motivos tiene la Iglesia para desear que, en la próxima Conferencia, promovida por las Naciones Unidas en Pekín, se *clarifique la plena verdad sobre la mujer*. Que se dé verdaderamente su debido relieve al «*genio de la mujer*», teniendo en cuenta no sólo a las mujeres importantes y famosas del pasado o las contemporáneas, sino también a las *sencillas*, que expresan su talento femenino en el servicio de los demás en lo ordinario de cada día. En efecto, es dándose a los otros en la vida diaria como la mujer descubre la vocación profunda de su vida; ella que quizá más aún que el hombre *ve al hombre*, porque lo ve con el corazón. Lo ve independientemente de los diversos sistemas ideológicos y políticos. Lo ve en su grandeza y en sus límites, y trata de acercarse a él *y serle de ayuda*. De este modo, se realiza en la historia de la humanidad el plan fundamental del Creador e incesantemente viene a la luz, en la variedad de vocaciones, la *belleza* –no solamente física, sino sobre todo espiritual– con que Dios ha dotado desde el principio a la criatura humana y especialmente a la mujer.

Mientras confío al Señor en la oración el buen resultado de la importante reunión de Pekín, invito a *las comunidades eclesiales* a hacer del presente año una ocasión para *una sentida acción de gracias al Creador y al Redentor del mundo* precisamente por el don de un *bien tan grande* como es el de la femineidad: ésta, en sus múltiples expresiones, pertenece al patrimonio constitutivo de la humanidad y de la misma Iglesia.

Que María, Reina del amor, vele sobre las mujeres y sobre su misión al servicio de la humanidad, de la paz y de la extensión del Reino de Dios.

Con mi Bendición.

Vaticano, 29 de junio, solemnidad de los santos Pedro y Pablo, del año 1995.
